

compensó generosamente á los cazadores y corrió á su vez á enterar de todo á Yudishtira. Al poco rato estaban ya en camino del lago todos los hermanos Pandu y sus adalides, llevando á su cabeza á Crishna, con numerosa fuerza de á caballo y á pié. Cuando los tres caudillos que estaban con Duryodana oyeron el ruido de gente armada despidiéronse de su rey y se ocultaron en un matorral cercano, esperando que Duryodana se quedara debajo del agua y libre de los ataques de sus enemigos.

Al llegar estos á orillas del lago, dijo Arxuna: «Mirad al hijo de Dritarashtra cómo por arte mágica se está debajo del agua sin temer á nadie, pero esta su astucia no le ha de salvar.» Entonces Crishna contó algunos ejemplos de enemigos de Indra y de otros dioses que á pesar de valerse de artes mágicas y encantamientos para librarse de sus enemigos habían sido obligados á pelear en campo abierto y habían sido vencidos. Con esto animó á sus amigos á proceder como habían procedido otros, valiéndose de oportunas palabras.

Por tanto Yudishtira dijo á Duryodana: «¿Qué se ha hecho de tu valor y de tu orgullo, cuando te estás ocultando ahora cobardemente debajo del agua y tienes miedo de pelear? ¡Vamos, Duryodana, muéstrate hombre y recuerda tu linaje y tu deber! ¡Ven, lucha, y si nos vences quédate con el país, y si te matamos á tí, descansa para siempre!» A esto contestó Duryodana que no temía por su vida, pero que necesitaba rehacer sus fuerzas, hallándose, además, falto de todo, sin carro ni armas ni escolta; y que al fin esperaba vencerlos todavía á todos. Yudishtira repuso que lo hiciese de seguida, porque se trataba de recuperar su reino, á lo cual replicó que habiendo perdido á sus hermanos todos y á sus mejores amigos y compañeros, no quería ya reinar; que únicamente deseaba vivir vestido de pieles como anacoreta en solitaria selva y que ellos se quedasen con el reino. Yudishtira, que ya conocía al malvado, no se dejó engañar, y quería quitarle la vida para no tener que temer ya mas sus maldades; y con esta intencion, continuó excitándole á que aceptara el combate y saliera del agua. Al fin, despues de mucho hablar, consiguió que Duryodana le propusiera un duelo á muerte con maza. Yudishtira aceptó y Duryodana salió del lago, semejante al espíritu de las serpientes, blandiendo en su mano derecha su maza de bronce con adornos de oro; y viendo la alegría de los otros les dijo con ceño: «Exhausto y solo me habeis hecho abandonar mi retiro en el fondo del lago, y ahora os reís de contento; me obligais á pelear, y ahora os reto á todos y á todos os mataré.» Yudishtira le recordó la manera indigna con que él y los suyos habían muerto al joven Abhimanyu, el hijo de Arxuna y sobrino de Crishna, y le dijo que le concedería de buena gana todo menos la vida si conseguía vencerle. Duryodana atóse entretanto fuertemente su casco y su coraza de oro, y preparado ya, semejante al rey de las montañas, retó á combate singular á los cinco hermanos. «Empuñad, — les dijo, — vuestra maza, vosotros que quereis luchar conmigo; ahora se decidirá de qué lado está la justicia y de qué lado está la sinrazon.»

Crishna, entretanto, había reconvenido á Yudishtira por su imprudencia en aceptar el reto y las condiciones de su adversario, sin rival en el manejo de la maza, y por jugárselo todo otra vez en un desafío tan desigual. Luchando, dijo, con lealtad, no hay quizás hombre nacido alguno que pueda medirse en el manejo de esta arma con Duryodana; y si acaso alguno pudiera atreverse á ello sería solamente Bhima. Añadió que si eran vencidos habrían perdido otra vez el reino de su padre y quedarían condenados á la vida errante y pobre toda su vida. Al oír esto Bhima, se acercó á Crishna y le dijo: «No te espantes, oh rey de los yadus, hoy me toca realizar mi deseo, y mataré sin duda alguna á Duryodana; no

temas, Crishna, mi maza pesa la mitad mas que la suya; yo soy muy capaz de vencer á Duryodana, y Yudishtira ganará el reino; todos vosotros sereis testigos.» Crishna gozoso alabó al valiente campeón, recordó sus hazañas anteriores para animarle en su propósito y darle confianza en su fuerza, y Bhima, dirigiéndose á Yudishtira, le dijo: «Hoy mismo ceñiré tu frente con la corona de vencedor y quitaré á tu enemigo la vida, la corona y el reino.» Dicho esto tomó posición con la maza levantada frente al enemigo, al cual dijo: «Recuerda el mal que tu padre y tú nos habeis hecho; recuerda cómo Draupadi fué arrastrada á la asamblea, y cómo triunfasteis todos por medio del juego de dados inspirado por Sakuni. Por tu culpa yacen sin vida los caudillos mas nobles, tus hermanos, sus hijos y tantos príncipes y héroes; tú solo, tú, asesino de tu familia, has quedado, y hoy, no lo dudes, te aplastará mi maza.»

A esto contestó Duryodana: «¿A qué tanta palabrería? Pronto te desengañaré; muestra lo que puedes, y no hagas lo que las nubes, que espantan con sus truenos y no dan lluvia.» Palmadas y el estrépito de armas de los que escuchaban á los dos, aprobaron lo que habían dicho los dos adalides. La lucha iba á empezar, cuando apareció súbitamente en la liza Valadeva ó Rama, ó Valarama, el hermano mayor de Crishna, que durante la guerra había vivido solitario á orillas del Sarasvati y había acudido para presenciar el desafío á muerte. Despues de saludar á todos y de recibir las muestras de alegría, especialmente de Duryodana, su antiguo discípulo, dijo que el sitio mas á propósito para el combate era el campo de los Kurus de Samantapanchaka, en la orilla derecha del Sarasvati, lugar sacratísimo y sitio de peregrinaciones, en el mismo país de Kurexetra, desde el cual los héroes que en él sucumbían pasaban directamente al cielo de Indra. Todos se conformaron y precedidos de Yudishtira pasaron al sitio designado entre los toques de los timbales y cuernos marinos.

Colocáronse frente á frente los dos combatientes y los demás formaron alrededor de ellos un ancho círculo. Como dos leones se embistieron ambos; los dioses invisibles asistían desde lo alto á la lucha y la naturaleza entera, el cielo, la tierra, los vientos, las aguas y las montañas se conmovieron. Duryodana y Bhima, como dos tigres, cada uno acercándose y alejándose de su contrario, acechaban el momento favorable de asestarse el golpe mortal; ora atacando, ora retrocediendo, ora apartándose á la derecha, ora á la izquierda para eludir el golpe y caer sobre el adversario en cuanto hubiese dado un golpe en falso, ora parando el golpe con la maza pesada, ora recibiendo con mas ó menos violencia, parecían dos elefantes ansiosos de destrozarse con la trompa y los colmillos. El sol se acercaba á su ocaso; las corazas antes resplandecientes estaban ya teñidas de sangre; los gritos de los que asistían al horrible espectáculo, á cada golpe que hacia aturdir á uno de los dos combatientes reanimaban su valor; la excitacion de todos era indescriptible. Entonces Crishna, preguntado por Arxuna sobre su opinion respecto del resultado final, dijo que Bhima, si bien el mas robusto de los dos, no podía salir victorioso si no se valía de algun ardid, porque Duryodana le era superior en destreza. Añadió que los mismos dioses no despreciaban en sus guerras los ardides astutos, y finalmente, para hacerse entender mejor, recordó á Arxuna que Bhima había jurado en aquel memorable día del fatal juego de dados que quebraría á Duryodana en lucha de maza el muslo que había enseñado á Draupadi en señal de ser ella su esclava. También repitió que había sido una gran imprudencia en Yudishtira jugarse otra vez todo en un desafío, y que un viejo adagio decía que solo el enemigo muerto no era de temer. Con esto tuvo Ar-

xuna bastante; había comprendido lo que Crishna no juzgaba prudente decir á las claras; se colocó de manera que Bhima le pudiese ver, entonces le señaló el muslo, y su hermano le entendió.

Estaban los dos chorreando sangre y sus fuerzas empezaban á flaquear. Bhima comprendió el ardid de su contrario, que se exponía aparentemente á sus golpes para eludirlos despues diestramente, y asestarle uno mortal cuando Bhima diese el suyo en vago. Tomó, pues, su resolución y cuando su contrario se apartó, en lugar de dar Bhima el golpe en el vacío, dejó caer su poderosa maza con toda su fuerza sobre el muslo de Duryodana, y se le rompió. Duryodana dió un grito penetrante y cayó. Entonces, cuenta el poema, conmoviéronse cielo y tierra; se levantó una tempestad deshecha de vientos, rayos y truenos; llovió polvo y sangre; los aires resonaron con el aullido y la gritería de toda clase de monstruos y espíritus; las selvas vomitaron sus fieras; se oyeron toques de trompetas y de timbales, gritos de hombres y de elefantes, relinchos de caballos, y aparecieron muertos sin cabeza, con muchos brazos y piernas, blandiendo armas, ondeando pendones y se juntaron en danzas espantosas. Los que aquello vieron quedaron horrorizados.

Cuando la naturaleza alborotada y revuelta se hubo tranquilizado, se oyeron los himnos y loas que los cantores sagrados de otros tiempos cantaron al abandonar con las divinidades aquella atmósfera para regresar á sus moradas eternas. Entonces acercóse Bhima á su enemigo, tendido en el suelo, y le dijo: «Escucha, toro bravo, tú que te refiste de nosotros y nos ultrajaste, cuando tirasteis á la inerme Draupadi del único paño con que se cubría el cuerpo, para sacarla de la sala del juego, ahora recibes tu merecido.» Acercóse mas á él y con el pié le dió en la diadema ó venda real. «Ahora, — continuó, — podemos saltar á tu rededor sin haber empleado como tú para vencerte ardides pérfidos, incendios ni juego falso; te hemos vencido con nuestros puños.» Y dirigiéndose á sus hermanos y amigos añadió: «Mirad ahora á los abominables hijos de Dritarashtra que nos trataron de vagabundos y mendigos; miradlos cómo les hemos exterminado con sus allegados y amigos; ahora nada nos ha de importar si vamos al cielo ó al infierno.»

Con su maza al hombro quiso Bhima poner otra vez su pié izquierdo sobre la cabeza del vencido cuando se acercó Yudishtira y se lo impidió, reprendiéndole severamente por su impiedad y diciéndole: «Has luchado como un héroe y has cumplido tu promesa; pero ahora empañas tu gloria con un acto vil, porque es vileza hacer ludibrio de un rey. Además el que allí yace reducido por tí á masa inerte es hijo de reyes, caudillo y pariente tuyo; tú, á quien la gente ha llamado siempre el justo, ¿cómo te presentas ahora al lado del rey?» Despues dirigióse Yudishtira á Duryodana diciendo: «No te quejes de tu suerte terrible; el que dirige todas las cosas ha hecho que la ponzoña fatal produjera su fruto. Nos hemos visto obligados á matarte, último vástago de los Kurus; por tu culpa han tenido que morir padres, hermanos, hijos, y has de morir ahora tú tambien. Los que quedan nos encontrarán misericordiosos; tú vas á pasar ciertamente á la morada celeste de Indra, y nosotros cargaremos con las maldiciones de las viudas, madres y esposas abandonadas.» Esto y otras cosas mas dijo Yudishtira derramando lágrimas; y cuando hubo concluido, salió del grupo de los guerreros Valadeva ó Rama, que con los brazos levantados y la cara encendida de ira dijo: «Indigno es lo que ha hecho Bhima, porque las reglas del combate prohíben herir al contrario mas abajo del ombligo,» y diciendo esto precipitóse con su garrote levantado hácia Bhima, que rendido de cansancio estaba apoyado en su clava. Pero Crishna abrazó á su hermano y se esforzó por calmarle,

diciéndole que los Pandu eran gente nobilísima y amigos suyos, que Bhima tenía hecho un juramento ante la reunion de príncipes, y como príncipe y guerrero estaba obligado á cumplirlo, y que además el sabio Maitreya había profetizado á Duryodana que Bhima le había de romper el muslo; de suerte que él no veía en este último culpabilidad ninguna. Suplicó, pues, por último á su hermano que reconociera la legitimidad de la elevacion de los Pandu al trono y no les guardara rencor. Despues de alguna discusion entre los dos, el hermano de Crishna se conformó, pero no cambió de opinion respecto de la deslealtad del golpe dado por Bhima, «que, dijo, será tachado siempre de desleal, al revés de Duryodana, su adversario, que con su modo de luchar legal se ha hecho por sí mismo la víctima expiatoria de sus culpas anteriores.» Dicho esto, desapareció de la vista de todos en forma de una blanca y plateada nube. Todos quedaron confusos, y Yudishtira pensativo y melancólico.

Preguntado por Crishna Yudishtira por la causa de su tristeza, contestó que la extincion de la familia real no podía causarle alegría. Comprendía, añadió, el rencor concentrado y tanto tiempo comprimido de su hermano Bhima, en vista de los agravios que los hijos de Dritarashtra les habían hecho, y tambien veía que las cosas debían aceptarse como las habían engendrado los sucesos, refiriéndose al puntapié que su hermano había dado al enemigo vencido. «Así es,» le contestó Crishna, que siempre bondadoso aprobó la conducta de Bhima en la lucha que acababa de sostener; y entonces acercóse Bhima, radiante de alegría, á su hermano, y con ademán respetuoso presentóle su homenaje como á su rey y soberano de la tierra, atendido que todos sus adversarios estaban aniquilados. «Sí, — contestó Yudishtira, — la tierra me está sometida ahora que Crishna ha aprobado la satisfaccion que has dado á la madre de nuestros hijos y á tu ira, y que has conseguido vencer á nuestro enemigo.» Esto desvaneció la melancolía que había sucedido al júbilo de los guerreros; los unos agitaron al aire su ropaje en señal de alegría, otros tocaron cuernos, tambores y timbales, y los demás se aligeraron de sus armas para entregarse á juegos y al bullicio, armando una algazara indescriptible. Todos ensalzaron el valor y heroísmo de Bhima, pero Crishna impidió que fuese insultado el enemigo vencido que yacía allí inerte, si bien celebrando que el malvado hubiese sucumbido con todos sus amigos, compañeros y partidarios.

Oído esto por Duryodana, acallando los dolores atroces que sufría, levantó la mitad superior de su cuerpo y lanzó un torrente de imprecaciones contra Crishna, á quien acusó de haber aconsejado á Bhima que le rompiera, contra toda ley, el muslo. Dijo además que Crishna había enseñado á los Pandu la manera de vencer á traicion á Drona y Karna, y que Crishna había extraviado y corrompido á los Pandu, que siempre habían sido personas rectas. Crishna le probó, que él con sus maldades, su insaciable codicia y su resistencia á los sanos consejos de los ancianos y sabios, era el único autor de su desgracia y que había recogido los frutos de su conducta. Finalmente volvió á tomar la palabra Duryodana, proclamándose el mas afortunado por haber encontrado la muerte en el campo de batalla, por haber sido pisoteada su cabeza por su enemigo y haber llegado al colmo de la gloria. «¿Quién es, — exclamó, — mas feliz que yo? Yo tengo segura la bienaventuranza celeste en compañía de mis amigos y allegados; y vosotros sois los verdaderos derrotados, porque las penas serán vuestras compañeras.» Calló y los dioses contestaron con una lluvia de flores y música celeste á sus palabras.

Los Pandu quedaron avergonzados, pero Crishna les reanimó, haciéndoles ver la justicia de su causa y demostrán-

doles que sin los ardides, no siempre estrictamente legales, á que se había recurrido en algun caso, no habrían podido recuperar su reino y su posición. Aun los mismos dioses, dijo, habían echado mano de ardides de esta clase en sus guerras; y por lo mismo no debían hacer caso los Pandu de lo que había dicho y podía decir el enemigo tendido ante ellos en tierra.

Estas palabras tranquilizaron á los Pandu y á sus compañeros, que gozosos de su victoria, echaron una postrera mirada al enemigo vencido y abandonaron aquel sitio entre los alegres toques de sus cuernos y timbales, para dirigirse al campamento que el enemigo había abandonado. En él entraron las fuerzas mandadas por Drishtadyumna, Sikhandin y los hijos de Draupadi, como en una ciudad fortificada. Tras ellos iban los hermanos Pandu con Crishna, y cuando hubieron llegado, Crishna dijo á Arxuna que tomara su arco y sus dos aljabas y bajara tras él del carro. Hizolo así Arxuna, y apenas se hubieron apeado los dos, desapareció la bandera; en el mismo instante se vió una llamarada, y carro y caballos no fueron mas que un monton de cenizas. Esto, dijo Crishna á Arxuna y á sus hermanos, que quedaron asombrados, es el efecto ineludible de los proyectiles de los brahmanes, efecto que un poder divino ha podido detener hasta ahora pero que debía manifestarse un día ú otro. Entonces ensalzaron los Pandu, y el primero Yudishtira, á Crishna, su protector y guía divino, el cual les aconsejó á ellos y á Satyaki que no entraran en el campamento y dejaran que los demás se apoderasen, como buen botin, de todas las riquezas, oro, plata, piedras preciosas, ropas y esclavos de ambos sexos que encontrarán.

Suplicó Yudishtira á Crishna que fuese él mismo á Hastinapur para comunicar á la reina Gandari, madre de Duryodana, la triste suerte de éste y á consolarla en su aflicción. Crishna cumplió sin la menor dilación este encargo llevándose á su fiel auriga Daruka. Grande fué la desesperación de la pobre madre; pero Crishna supo tan bien cumplir su misión, que impidió que Gandari lanzase sobre los vencedores su maldición, convenciéndola de que todas las desgracias acaecidas eran consecuencias inevitables de la causa primera, por todos sabida.

Entretanto yacía Duryodana con el muslo roto, cubierto de sangre y de polvo, en el mismo sitio donde había caído sin mas compañía que Sanyaya, el fiel auriga de su padre, que escuchaba sus invectivas contra los Pandu, sus lamentos por la triste suerte de su anciano padre, de su madre, de su única hermana Dusala y de sus cuñadas, que habían perdido hijos, hermanos y maridos. Otras veces celebraba la dicha que le había cabido de poder morir como un héroe en el campo de batalla, y otras se comparaba con un comerciante que rezagado había sido abandonado por la caravana de que formaba parte. Finalmente, llamó mensajeros incorpóreos para que fuesen á contar todas sus lamentaciones á sus amigos Asvatarman, Kripa y Kritavarman, y á preguntarles si pensaban vengar su muerte.

Sus tres amigos supervivientes estaban ya enterados de todo por espías que habían enviado al teatro de la desgracia, y á la caída de la tarde salieron de su retiro y fueron á ver al desgraciado hijo de Dritarashtra, que cual un árbol poderoso derribado por un huracán yacía en tierra, bañado en sangre y rodeado de voraces aves de rapiña que acechaban el momento de apoderarse de su botin. Los tres quedaron horrorizados; las piernas les flaquearon, y luego cayeron al suelo al lado del infeliz. Repuesto ya un tanto Asvatarman dijo entre lágrimas y sollozos á Duryodana: «¡Todo es, pues, mentira en esta vida, ya que tú, príncipe destinado á ser soberano de la tierra, estás aquí yaciendo en el polvo, abando-

nado, al borde de esta selva solitaria!» Duryodana, enjugándose penosamente las lágrimas, miró á sus adalides y dijo: «Ahí teneis la ley que rige el mundo; segun la voluntad de Dhatar, tiene cada sér su tiempo de vida limitado, y tal como me veis, he llegado al término del mio; pero tengo la satisfacción de que jamás he retrocedido ante ninguna desgracia y si he sucumbido, ha sido siendo víctima de la traición.» Luego felicitó á sus amigos por haberse librado del exterminio general, y se felicitó á sí mismo por no haber cedido al poder de Crishna ni haber hecho traición á los deberes que le imponía su estirpe, de rey y de guerrero. Segun dijo, debían alegrarse sus amigos, en lugar de afligirse, tanto mas cuanto que también ellos habían cumplido exactamente con su deber haciendo lo posible por alcanzar para él la victoria. Por lo demás, exclamó, contra el destino no se puede luchar.

Las lágrimas ahogaron la voz de Duryodana, y llorando también Asvatarman cogió la mano del hijo de su rey y le dijo que no había sentido tanta pena al saber la muerte infame de su padre como á la sazón al ver á su señor en tan triste estado; «pero, — añadió encendido en ira, — hoy todavía enviaré al otro mundo y á la vista de Crishna á todos los pancalas, si tú, oh rey, me autorizas para ello.» Duryodana, regocijado visiblemente, llamó á Kripa y le hizo llenar su cántaro de agua, y hecho esto le dijo: «Tú, el mejor de los brahmanes, unge ahora caudillo en jefe al hijo de Drona, y á tí te deseo fortuna; á tí, aunque eres brahman, traslado mis deberes y derechos de guerrero y rey.»

Ungido Asvatarman general en jefe, hizo homenaje á Duryodana como á rey suyo y los tres se despidieron dando gritos belicosos, quedando otra vez solo Duryodana con sus dolores crueles.

El sol se iba poniendo cuando los tres campeones se dirigieron hácia el campamento, en el cual resonaba la algazara de los guerreros victoriosos. Los tres azotando los caballos llegaron pronto á un bosque intrincado, morada de toda clase de animales silvestres, sin faltar multitud de serpientes y aves. Al pié de un banano bajaron de su carro, desuncieron los caballos, hicieron su ablución y su plegaria vespertina y se echaron al pié del árbol. Kripa y Kritavarman rendidos de cansancio, á pesar del dolor que les causaban sus heridas, se quedaron pronto dormidos; pero la sed de venganza no dejó dormir á Asvatarman, el cual, hundiendo la vista en las tinieblas de la noche, advirtió la llegada de multitud de grajos que buscaron abrigo en la inmensa techumbre de follaje del banano, donde pronto quedaron dominados por el sueño. Todo se había vuelto silencioso cuando penetró entre el ramaje un enorme buho, cuyos ojos verdosos brillaban siniestramente en medio de las tinieblas. Pronto precipitose sobre los grajos y no paró hasta haberlos muerto á todos, por el puro gusto de matarlos, mirando despues con visible fruición desde el ramaje los innumerables cadáveres de las aves infelices que cubrían el suelo. Esta matanza feroz, silenciosa y nocturna, observada por Asvatarman con gran curiosidad, le inspiró súbitamente la idea de imitar al buho y destruir aquella misma noche á sus enemigos todos. «Es preciso, — dijo, — valerse de la traición, pues no hay otro remedio, y por lo demás no haré en esto sino imitar á los Pandu, que también se han valido de ella para salir vencedores contra la ley. Una sentencia antigua dice que para arruinar al contrario los reyes y los chatriyas, ó nobles guerreros, podían servirse de cualquier medio y ocasión á propósito.»

Decidido ya, despertó á sus compañeros y les preguntó su opinión respecto de la manera de vengar á Duryodana, cuya cabeza sagrada había pisoteado Bhima despues de haberle vencido valiéndose de un medio desleal. «Los vencedores, — dijo, — saltan, bailan, cantan, y el viento nos trae el

ruido del bullicio con que celebran su victoria; nosotros tres somos los únicos que nos hemos librado de la matanza, porque á los demás guerreros y á los elefantes que han quedado podemos, en mi opinión, dar por muertos. Decid, pues, lo que hemos de hacer para aniquilar á nuestros enemigos; decid lo que os ocurra sin deteneros en dificultades.» Kripa le dijo que en este mundo todo dependía de la suerte, contra la cual no se podía luchar; que Duryodana había seguido exclusivamente su codicia, en lugar de seguir consejos prudentes; que con esta conducta ciega había causado la desgracia y la muerte de sus partidarios y las suyas propias; y que, finalmente, lo mas acertado sería ir á presentarse á Dritarashtra, á Gandari y al sabio Vidura, y preguntar á éste sobre lo que debían hacer.

Este consejo no gustó á Asvatarman, el cual repuso enfadado que siempre que convenia adoptar una resolución surgían pareceres varios de los que pretendían saber mas que otros y solo servían de obstáculo á la realización de las grandes empresas. El médico hábil reconoce primero la enfermedad y segun el carácter que presenta dicta el remedio, y así deberían hacerlo los hombres en las demás contingencias de la vida; pero no lo hacen así, corren de una parte á otra, mudan de parecer, y al fin si han de tomar una resolución toman la que les conduce á la ruina y á la muerte. «Tal como aquí me veis, dijo, soy hijo de una familia brahmána, virtuosa y noble; la fortuna variable me ha hecho cargar, como habeis visto, con los privilegios y deberes de la casta real y de la guerrera. Quise distinguirme cumpliendo con estos deberes, perdí á mi padre, que murió con las armas en la mano, y qué quereis que os diga? ahora quiero continuar en la senda emprendida, en la que me han trazado mi noble padre y mi rey.» Seguidamente explicó su propósito de vengar á Duryodana, á su padre, á Karna y á los demás adalides, y añadió que hasta entonces no se juzgara ni satisfecho ni feliz.

Asombrados le habían escuchado sus compañeros. Kripa aprobó la resolución de Asvatarman y le dijo que él y Kritavarman no le dejarían aunque fuese menester pelear con el mismo rey de los dioses, pero que aguardara á que llegase el día, porque estaban rendidos de cansancio, de sueño y de calentura. Asvatarman contestó que el tormento que le daba el deseo de venganza no le dejaba dormir; que en sus oídos resonaba siempre el grito de los enemigos: «Drona ha muerto.» La victoria de los Pandu era para él como un hierro candente en el pecho que no le dejaba descansar; que queria matar á todos los enemigos aquella misma noche por sorpresa, y despues descansaría.

Fué en vano que Kripa insistiera en la necesidad absoluta de tomar descanso, diciendo que era un deber de verdadero amigo el recordarle que en todos los países del mundo era considerado como una iniquidad abominable asesinar á hombres dormidos indefensos; que el que tal hiciera sería precipitado irremisiblemente en los abismos mas profundos del infierno. Lo que proponía sería aquella noche una acción negra y á la mañana siguiente á la claridad del día sería una acción heroica y preclara.

Todo fué inútil. Asvatarman queria matar aquella misma noche á los matadores de su padre, á todos los pancalas, aunque hubiese de renacer despues de muerto en el cuerpo de un miserable gusano ó de una polilla. «¡No hay hombre en el mundo, dijo, que me haga desistir de mi idea!» Dicho esto, púsose en pié, enganchó sus caballos, y ya á punto de partir, le dijeron sus amigos: «¿Qué haces? unidos para un mismo fin salimos á campaña, prontos á compartir contigo las tristezas y alegrías; no dudes ahora de nuestra amistad.» Asvatarman replicó lleno de coraje: «Quiero matar al que ha muerto á mi héroe padre cuando había depuesto ya sus ar-

mas; quiero matar, ahora que duerme y está también indefenso, á Drishtadyumna, el vil hijo del rey de los pancalas, para que no disfrute de su reino ni de su victoria. Daos prisa, pues; poneos la coraza, ceñíos la espada y tomad vuestro arco; de mí no esperéis demora alguna;» y dicho esto subió en su carro y tomó á escape el camino del campamento seguido de Kripa y Kritavarman.

No tardó en llegar á la entrada del campamento en que dormían sus enemigos, tomando aliento antes de dar comienzo á su obra sangrienta. Entonces se le apareció una figura sobrenatural, horrible, despidiendo llamas, arrojada en una piel de tigre que chorreaba sangre y llevando colgando de los hombros á manera de manto una piel negra de antlope. Serviale de cinturón sacerdotal una serpiente; extendía sus brazos, que eran muchos, largos y robustos, y cada mano empuñaba una arma; las ajorcas eran víboras; los collares aros de fuego; su ancha boca dejaba ver dos hileras de dientes formidables y daba salida á continuas llamaradas; sus narices, orejas y ojos, sus armas, su clava, su disco y su cuerno marino despedían haces de fuego como relámpagos. Imposible es dar una idea exacta de aquella aparición que hacia erizar el cabello. Asvatarman quedó horrorizado, pero no acobardado. Disparó contra ella una multitud de flechas, que se perdieron en la aparición sin mas efecto que antorchas que se arrojan al mar para incendiarlo; tiróle despues el asta de su bandera, que cayó hecha astillas en el suelo, donde al instante prendióse fuego y quedó consumida. Entonces desvainó su espada de empuñadura de oro y la esgrimió contra aquel sér; pero su mano se hundió como absorbida por un abismo, el brazo siguió á la mano, y al fin se le escapó el arma y desapareció. Lo mismo sucedió con su clava, quedando Asvatarman sin armas. Cuando se vió tan indefenso, espantose y recordó los consejos y las observaciones de sus compañeros. «He entrado, pues, en mal camino, dijo para sí, y pagaré caro el haberme apartado de los sabios preceptos antiguos, que prohíben atacar y asesinar á los dormidos; pero todavía desaprueban mas los sabios que se desista de una obra emprendida y peligrosa. Aquí me encuentro yo que nunca he retrocedido en combate alguno, inermemente en frente de un poder superior. El destino trazado por mano divina es mas fuerte que todos los hombres juntos. Por lo mismo, continuaba pensando Asvatarman, me pondré bajo la protección del dios grande que puede anular el destino, el dios que lleva la corona de calaveras y un cuerno marino (1).» Invocó, pues, al dios Siva con cuantos nombres el pueblo le solía designar, prometiéndole un sacrificio completo si le sacaba del peligro en que se veía frente á aquella aparición horripilante. Entonces vió surgir súbitamente un altar y sobre él una viva luz y al rededor aparecieron en tropel figuras de fuego, de formas fantásticas, monstruosas, y caras de animales, de fieras, aves de rapiña y serpientes, cargados de adornos relucientes y alzando cuanto podían los ojos, manos, piés y brazos. Llevaban toda clase de armas, estandartes y banderas, útiles para sacrificios y para los juegos; reían, saltaban, corrían, bailaban, cantaban, gritaban y aullaban con voces penetrantes y siniestras que hacían helar la sangre en las venas. Era el séquito horrible de Siva, cuyo poderío y majestad celebraban y con el cual acudían para auxiliar á Asvatarman en su nocturna matanza. Aquella vision animó á Asvatarman en gran manera, lejos de acobardarle. Mas decidido que nunca, acercóse al altar y colocó sobre el fuego los pedazos de su arco, sus relucientes flechas, sus aljabas y demás piezas; despues subió y se ofreció él mismo en holocausto al dios, diciendo

(1) Siva ó Maha-Deva (el dios grande), que tiene su trono en las alturas del Himalaya, en la cúspide del Meru, el rey de las montañas, de los elementos destructores y al mismo tiempo purificadores y fecundantes.